

# LA EDUCANDA.

PERIODICO DE SEÑORITAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

**SUMARIO.** Estimulo y correccion, por don A. Pirala.—Cartas familiares, por doña Angela Grassi.—Francisco y Roberto [conclusion], por doña Josefa Estevez de G. del Canto.—El Cazador furtivo [conclusion], por doña Micaela de Silva.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—**GRABADOS:** Gorra de crochet.—*Margarita*.—**LAMINA:** *Figurin*, núm. 756.

## EDUCACION MORAL.

### ESTÍMULO Y CORRECCION.



la vez que se deslizan los años se vé de una manera evidente el des-  
envolvimiento de la inteligencia,  
esa emanacion del espíritu que se  
muestra por varios órganos, que  
son su instrumento, por mas que al-  
gunos psicólogos pretendan hacer el  
espíritu independiente de los órganos.  
Pero si fuera necesaria una razon con-  
vincente la tenemos en las criaturas, á  
las que vemos que, con la edad se desenvuelve su  
inteligencia, y se van mostrando las facultades en  
que han de sobresalir por la mayor fuerza con que  
obra el espíritu sobre determinados órganos. Niño  
era Paganini, y ya sobresalia en la música, y niño  
hemos contemplado á nuestro Monasterio, siendo un  
portento en el violin.

Si en las niñas no vamos á guiar las facultades  
artísticas y científicas, hay otras que les son peculia-  
res y están en armonía con su destino, y estas son  
las que hay que cuidar muy especialmente, ya esti-  
mulando las que merezcan estímulo, ya corrigiendo  
las que correccion necesiten.

Asunto este de la mayor importancia, no le abor-  
daremos en toda su estension, porque carecemos de  
fuerzas bastantes para ello, y porque no escribimos  
artículos de ciencia, sino de ligera enseñanza. Nos  
basta que nos comprendan nuestras jóvenes lectoras,  
y puedan aprovechar nuestras sencillas observacio-  
nes, ya que no sean consejos.

2.<sup>a</sup> ÉPOCA.

Y no debemos limitarnos solamente á las niñas, á  
las que deben aprender, sino á las que tienen la obli-  
gacion de enseñar. Cien lecciones de un libro las es-  
presa á veces mejor una madre en un consejo, mas  
eficaz que muchas páginas. Su lenguaje de amor, el  
conocimiento del niño, la hacen adoptar á su capa-  
cidad y á la necesidad del momento lo que no se pue-  
de amoldar con la misma exactitud cuando se espresa  
en un libro.

La cultura mejor entendida de los buenos senti-  
mientos es casi siempre insuficiente en la educacion.  
En la niñez no hay la conciencia que en la juventud y  
en la edad viril, y la voluntad es mas imperativa, mas  
absoluta, cuanto menos freno tiene. La autoridad pa-  
ternal es la que mas impone, y se obedece mas al  
temor que á la conveniencia. Esto en cuanto á ejecu-  
tar lo que se prohíbe, lo que se censura ó castiga en  
la niñez, porque en cuanto á lo que es laudable,  
basta el estímulo que alienta, el premio que recom-  
pensa, las alabanzas que lisonjean.

Nada debe evitar la niña tanto como las represio-  
nes, que son un intermedio entre la persuasion y el  
castigo, aun cuando participen de una y otro. El sen-  
timiento que la repension causa es de gran efecto.

Para ser un castigo eficaz y justo debe haber  
sido anunciado antes y aplicado en seguida, pero en  
circunstancias bien definidas. Si se ofrece un castigo  
y se reemplaza por una repension, es inútil, por  
su ineficacia.

Lo mas importante es que se comprenda que la  
repension ó el castigo no proviene de un mal hu-  
mor, de una equivocada inteligencia ó de un lujo de  
severidad, sino que lo origina la propia falta, que es  
la que ha hecho necesario el mal; y aun cuando la  
reflexion no ejerza muy poderoso imperio, no pasará  
desapercibido que se ha hecho necesario un efecto  
que no puede ser agradable el recibirlo, porque el



sentimiento que produce y origina lágrimas, causa dolor moral, y contraria todas las satisfacciones.

Aunque solo fuera por esto se debiera evitar todo lo que pudiese dar lugar á la menor reprension, pues en cuanto al castigo solo le merece la maldad.

Para la niñez se apela á la persuasion, y como en la tierna edad obra mas el sentimiento que la razon, pocas veces deja de ser eficaz. ¡Desgraciados de los niños para quienes no lo sea! Si el que ha de ser hombre, y especialmente la que se ha de distinguir dentro de pocos años por su ternura y por su sensibilidad, la que ha de ser la reguladora y el modelo de la familia, se muestra insensible á los consejos y observaciones de quienes no pueden tener otro interés que el suyo, ni otra felicidad que la suya, porque la ventura de los hijos es la de los padres; ni la familia, ni la sociedad pueden prometerse ni esperar mucho de esa persona, que podemos calificar de infeliz, de desgraciada, porque es infelicidad y desgracia el no comprender la felicidad y la ventura, el cerrarse las puertas de un porvenir glorioso, el obstruirse el camino de bienandanza que á todos nos espera, si somos dignos de seguirle.

A. PIRALA.

## CARTAS FAMILIARES.

### XIV.

*De Enriqueta á la Abuela.*

Auray, dije yo á los niños, era uno de los mejores relojeros de París, y si no habia obtenido aun el honor de estar al servicio particular de S. M. el gran Luis XIV, era porque gozaba de este privilegio un anciano, llamado Martinot.

Auray tenia un hijo, ó mas bien dos hijos, pues desde su mas tierna infancia habia recojido á un sobrinito huerfano, llamado Sebastian.

Sebastian y Gerardo, su primo, se amaban como hermanos. Habian crecido juntos: juntos habian dividido sus estudios, sus juegos, sus placeres, y ambos inteligentes y trabajadores reemplazaban á Auray, ya viejo, en su difícil arte.

Los dos jovencillos eran igualmente buenos, amantes, generosos; pero á medida que pasaba el tiempo, una negra nube habia venido á ofuscar la antorcha de su cariño.

Es que Gerardo era la industria material [y rutinaria, aunque primorosa; Sebastian el genio innovador y fecundo. Gerardo solo sabia imitar lo que veia, Sebastian creaba.

Esto habia valido al huérfano sinceras muestras de admiracion y entusiasmo, y su primo empezó á dar cabida en su pecho á la negra envidia.

¡La envidia, hijos míos, deidad torva é implacable, que los antiguos pintaban con una tea en la mano, mientras con la otra intentaba arrancarse un áspid que le devoraba el pecho!

En un ingenioso cuadro que yo ví, la envidia iba huyendo de una ciudad incendiada, á la cual habia puesto fuego con su antorcha destructora, y los edificios que se desmoronaban por todas partes, amenazaban sepultarla entre sus escombros.

¡Magnífica alegoría, porque la envidia baja, traidora é irreflexiva, siempre consume su propia ruina al querer labrar la ruina ajena! No hay vicio que se convierta mas pronto en verdugo de aquel que le rinde vasallaje.

Sin embargo, Auray murió, y su muerte pareció restablecer la armonía entre ambos jóvenes, porque Sebastian era de carácter dulce, modesto y tímido, y Gerardo creyó que seria árbitro de oscurecer su mérito.

Poco duró la tregua.

Sebastian amó y fué amado. Fué amado por Elena, la joven mas bella y mas virtuosa de París.

Su padre era tambien relojero, aunque oscuro, y se dió el parabien de tener por yerno á un artífice de mérito, que realzaria su comercio.

Cuando Sebastian, transportado de júbilo, fué á dar tan feliz noticia á su primo, el furor de éste no tuvo límites.

¡Ya no le seria dable aprisionar en su mano los destellos del génio que envidiaba! Sebastian, puesto al frente de un establecimiento, pronto le haria prosperar, y llegaria á convertirse en su rival; rival temible que oscureceria su fama por completo!

Al cabo de un mes, la triste Elena coronada de flores y con el corazon destrozado, se dirijia al altar para desposarse con Gerardo y ser una mártir en la tierra. Sus padres, cegados por la codicia, lo habian exigido así.

A la misma hora, Sebastian, pálido y delirante, llamaba á las puertas de un convento de Carmelitas.

La negra envidia debió soltar un alarido de triunfo, porque acababa de hacer dos víctimas!

Pasáronse tres años. Gerardo, inteligente y laborioso, habia adquirido una justa reputacion, y esperaba por momentos ser nombrado relojero de palacio, pues Martinot habia resuelto volver á su país nativo.

Nadie se acordaba ya del P. Sebastian, á escepcion tal vez de la pobre Elena.

Pero la Providencia que hace germinar la semilla en el momento oportuno, hace tambien surtir la ocasion de que aparezca y brille el prostergado génio.

Cárlos II, rey de Inglaterra, habia enviado á



Luis XIV dos relojes de repeticion, los primeros que se veian en Francia.

Los artífices ingleses, para ocultar la nueva construccion y reservarse su gloria y sus ventajas, habian hecho de modo que no se pudiesen abrir sino por medio de un secreto.

Quiso la desgracia, ó mejor dicho la fortuna, porque siempre surge el bien del mal, que los relojes se descompusieran, y ni Martinot, ni Gerardo, ni ninguno de los demas artífices pudieron atinar con el secreto.

Era una mengua para los pundonorosos franceses devolverlos á Inglaterra, confesando su impotencia, y el Rey y su ministro Colbert estaban consternados.

Entonces Martinot, sacrificando noblemente su amor propio en aras de la patria, dijo que él conocia á un jóven habil, único que pudiese sacarlos del conflicto, y nombró á Sebastian.

Gerardo quedó aterrado. ¡Su rival se alzaba de la oscura celda, en donde creia haberle sepultado para siempre, y venia en el momento mas crítico á amenazarle con su gloria!

En vano pretestó que ignoraba su paradero. Colbert, cuyo celo era infatigable, supo descubrirle en el fondo del claustro, y le confió la obra.

Lo que habia sido imposible para los otros, fué fácil para Sebastian. Púsose á trabajar con ardor, y ya estaba próximo á alcanzar el triunfo, cuando un lego puso en su mano dos billetes. Se los habian dado dos distintas personas, y ambas desconocidas.

—Velad por el tesoro que os han confiado, decia el uno, no lo perdais de vista ni de dia ni de noche.

—Marta está moribunda, decia el otro, si no corres á sus brazos morirá sin verte.

Los billetes carecian de firma.

Sebastian quedó perplejo: Marta era su nodriza querida; pero los relojes eran un depósito sagrado.

Luchó largo rato entre su cariño y su deber, y por último fué á consultar al santo prior.

Llegó la noche; la noche oscura y tempestuosa.

Un hombre se deslizó cautelosamente á lo largo de la pared del convento, la escaló en el punto mas bajo, atravesó la huerta, y bien conocido debia serle el camino, por cuanto se dirigió sin vacilar á la celda de Sebastian, penetrando en ella por la ventana. Pero cuando quiso volver á salir, se halló rodeado de toda la comunidad, que llevaba hachones encendidos.

Por un movimiento rápido, el ladron al verse descubierto, cogió una enorme piedra, é hizo pedazos los relojes que traia en la mano.

Los monjes se abalanzaron hácia él para detenerle; pero retrocedieron horrorizados, lanzando un grito de sorpresa: Era Gerardo!

Al dia siguiente, el Rey rodeado de toda su corte,

mandó que llevasen á su presencia al envidioso y á su víctima.

Sebastian no sabia para quien habia trabajado, y llegó á los piés del monarca, pálido, trémulo, confuso, pidiéndole gracia para su desdichado primo.

—No temais, le dijo el Rey; su traicion vil y baja merece un singular castigo; pero como yo sé que para el envidioso es preferible la tortura y aun la muerte al tormento de presenciar el triunfo de aquel á quien envidia, este será el horrendo castigo que le imponga!

Mira, añadió dirigiéndose á Gerardo, cuya confusion era suma, estos son los magníficos relojes que tú en medio de tu cobarde saña, pensabas haber destruido!

Sebastian los ocultó por consejo del prior, colocando en su estuche dos comunes. Aquí están maravillosamente compuestos, para eterna gloria del artífice que ha salvado el decoro de su patria!

—P. Sebastian, prosiguió, desde ahora mismo os concedo seiscientas libras de pension al año, y quiero que el primer año os sea pagado al instante. Os pongo bajo la direccion de dos sábios académicos para que os auxilien con sus luces en los muchos trabajos que voy á confiaros, y cuando se retire Martinot ocupareis su puesto.

Dijo así el buen Rey, y mientras Sebastian, aturrido y confuso recibia los plácemes de los cortesanos, Gerardo solo en un rincon, se clavaba las uñas en el pecho hasta hacerse brotar sangre.

El tiempo que todo lo trae y todo lo lleva, habia traído una honrosa vejez para Sebastian, que llegó á ser el mecánico mas hábil de su siglo.

Un dia, dirigiéndose á Auxénes, con objeto de componer un magnífico reloj de torre que se habia descompuesto, tuvo que atravesar una pequeña aldea escondida entre los bosques, y le llamó la atencion un jovencillo que estaba tristemente apoyado en la puerta de una casa.

Obedeciendo á un impulso secreto, iba á acercarse á él para preguntarle la causa de su quebranto, cuando el jóven, movido quizás tambien por un secreto impulso, corrió á su encuentro exclamando:

—El señor cura está ausente, mi padre gime moribundo. ¡Oh, si quisierais seguirme!...

Sebastian se dejó conducir, y ambos penetraron en la miserable estancia en donde exhalaba lastimeros ayes el enfermo.

A pesar de que los años habian descompuesto aquel semblante, á pesar de que las sombras de la muerte le ofuscaban, Sebastian soltó un grito al verle: era Gerardo.

Este hizo un esfuerzo violento para incorporarse, reconoció á su primo, y mirando á su hijo, exclamó con tono doloroso.

—Y has sido tú!.. tú, quien me lo ha traído!.. Tú,



no!... Ha sido la Providencia inflexible y justiciera!

—Ha sido la clemente Providencia, exclamó Sebastian arrojándose en sus brazos, la que me trae á tu lado en este supremo instante, para que sirva de padre á tu hijo y te abra las puertas del reposo eterno!

—Pues bien, sea!.. murmuró el moribundo. Ven, hijo, ven á escuchar mi confesion!... Un solo vicio tuve, un solo vicio, y maté mi honor, destruyó mi felicidad en la tierra, acaso mi felicidad en el cielo!... Heredé muchos bienes, y te lego la orfandad y la miseria!...

Después de aquel suceso, Sebastian, yo no podía vivir en París!... Huían de mí los compradores... Todos me señalaban con el dedo!... Abandoné la capital, fuí de ciudad en ciudad; pero á todas partes á donde llegaba me seguía la noticia de aquel suceso célebre; oía resonar el eco de tu glorioso nombre! ¡Oh, bien lo dijo el gran Rey: el castigo del envidioso es la prosperidad del envidiado!... Castigo horrible, muerte constante de todas las horas, de todos los minutos... muerte mas espantosa que la que da el verdugo!...

Lo vendí todo... vine á este apartado lugar buscando paz y olvido. ¿Crées que lo encontré?... No, no!... Hasta aquí resonaban esos funestos ecos; ¡era que los oía resonar en mi conciencia!

Nunca pude perdonar á mi mujer el haberte dado aviso.

Elena era un ángel, y la mató la pesadumbre!

Hijo mio, prosiguió el moribundo con creciente exaltacion, pobre hijo mio, que vas á quedar huérfano en la tierra, á falta de patrimonio recoje mi último consejo: *Guarda la paz de tu conciencia: no codicies jamás la dicha ajena. Cuando la envidia nazca en tu corazon, sofócala al instante, porque crece, crece, y luego nos ahoga!*...

Gerardo, al pronunciar estas palabras, cayó exánime sobre el lecho... Pasado un instante era cadáver!

Interrumpí bruscamente mi narracion al ver que María se levantaba pálida y aterrada. Vino hácia mí con las manos juntas, y luego corrió á arrojarle en los brazos de Adriana.

¡Yo sola sabia el secreto de su estraña turbacion!

ANGELA GRASSI.



## FRANCISCO Y ROBERTO.

### Conclusion.

Figúrate, Francisco, lo que pasaria por mi corazon, cuando me ví solo, enteramente solo, en un pais extranjero, sin tener un consuelo que mitigase mis dolores ni un alma caritativa que aliviase mi miseria. Llegó un dia en que tuve hambre, y.... quiero confesártelo todo, Francisco, por mi mente, cruzó una idea criminal: el demonio pronunció en mi oido la palabra robo, y me lancé á la calle como un loco: no sé lo que intentaba hacer; pero indudablemente no era nada bueno.

Apenas habia dado algunos pasos por la calle cuando un gran tumulto de gente que la obstruia por completo me detuvo, y á pesar del estado en que me hallaba, no pudo menos de llamarme la atencion un jóven de unos diez y ocho años, que atado codo con codo, era conducido por varios gendarmes. La conversacion de las vecinas y de los tenderos que se asomaban á la puerta para enterarse de lo que ocurría, me hizo comprender que aquel jóven era conducido á la cárcel por ladron.

—¿Quién lo habia de decir, exclamaba una mujer, que sin duda habia conocido al preso en otras ocasiones? ¿quién lo habia de decir, que un hijo de padres tan honrados habia de llegar á verse conducido á la cárcel por ladron?

—Que quiere Vd. señora Petra, respondió otra, ese muchacho jamás quiso sujetarse al trabajo, empezó por andar hecho un vago por las calles de París, se reunió con malas compañías, y quitó la vida á sus padres á fuerza de pesadumbres: hoy va á la cárcel por ladron, y no será difícil que mañana le veamos ir á la guillotina por asesino, porque esas son las consecuencias que trae consigo la holgazanería y la vagancia. Dios nos libre de tener hijos que no amen el trabajo y que tengan tan malas inclinaciones.

El efecto que estas palabras me causaron, fué muy doloroso para mí, pero al mismo tiempo muy saludable. Las palabras de las dos mujeres me revelaron una historia que era casi la mia propia. Yo habia empezado por ser un holgazan, habia quitado la vida á mi madre con mis locuras, y como consecuencia de todo esto, acosado por el hambre y sin acordarme del precepto divino, que dice: No hurtarás, habia salido á la calle con intencion de robar; pero Dios en su infinita misericordia me detenia en el camino del crimen mostrándome el castigo en cabeza de otro.

¡Yo!.... ¡yo ser ladron! yo verme en una cárcel!.... no; prefiero morir de hambre y de miseria, exclamé.

Era tan grande mi debilidad que al intentar vol-



ver á mi casa me dió un vértigo y caí desmayado en la calle: una vecina caritativa acudió á socorrerme y me dió una taza de caldo; con este pequeño alivio recobré mis fuerzas y pude subir á mi habitación, donde pasé el día llorando y rezando. Me sentia enfermo, una calentura lenta me consumia, la misma que acaso me consume ahora.

Que mas te diré, amigo mio, he llegado hasta la última humillacion; he pedido limosna de puerta en puerta, de este modo he podido volver á España. Mi único anhelo era volver á ver los sitios donde pasé los días dichosos de mi infancia y de mi primera juventud; ahora ya puedo morir tranquilo.

—No, amigo mio; no morirás, yo te devolveré á la vida proporcionándote los cuidados y el alimento que te falta, exclamó Francisco estrechando entre las suyas las manos de Roberto.

Algunas horas despues la miserable habitacion del enfermo habia sufrido una transformacion completa, y lejos de ser repugnante daba gusto entrar en ella por el orden y la limpieza que respiraba. Una mesa, algunas sillas, y sobre todo una buena cama, eran su único mueblaje; pero con que sensacion de bienestar lo contemplaba Roberto. Una mujer de fisonomía bondadosa, y vestida de negro con elegante sencillez, pasaba la mayor parte del día al lado del enfermo prodigándole tan delicadas atenciones y tan tiernos cuidados, que cualquiera hubiera creído que era su madre. La tierna y caritativa enfermera era María, la bondadosa madre de Francisco.

—¿Qué haré yo, señora, decia Roberto, para demostrar á Vds. mi agradecimiento por los beneficios que me me prodigan?

—Ponerse bueno, le contestaba María con una sonrisa cariñosa.

—He sido muy culpable, señora, y ya no puedo esperar en este mundo mas que desdichas.

—Confianza en Dios, hijo mio; él ama al pecador arrepentido; Jesus no vino al mundo por los justos, sino por los pecadores, así lo dice el Evangelio que mi Francisco nos lee algunas noches á su padre y á mí.

## V.

Francisco no vive ya en la plazuela del Progreso, vive en un magnífico cuarto principal en la calle Mayor. Gasta coche y tiene muchos criados que le sirvan, pero esta opulencia, debida al mérito de su talento y de su ciencia en el arte de curar, no le ha hecho vano y orgulloso: al contrario, es tan amable y tan sencillo como en los tiempos en que vivia en la humilde tienda de carpintero. Su mayor gozo es que Pedro y María, sus afortunados padres disfruten de cuantos placeres y comodidades pueden apetecer. Juanita no necesita ya de sus cuidados, porque ha he-

cho una boda muy ventajosa y vive en el cuarto segundo de la misma casa que habitan sus padres y hermano.—Francisco sabe hacer un uso excelente de las riquezas que ha adquirido á fuerza de trabajo y de estudio, y es la providencia de los pobres y de los enfermos.

Estoy viendo, niños míos, que vuestras boquitas rosadas se abren para preguntarme, ¿y Roberto? ¿qué ha sido de Roberto?

Roberto, queridos míos, es ya un viejo que tiene la barba y los cabellos blancos, porque los disgustos mas que los años le han envejecido prematuramente. Como era demasiado tarde para que aprendiese un oficio, y como su instruccion era tan escasa, Francisco viendo sus buenos deseos le proporcionó tan luego como le vió curado el humilde empleo de portero en una de las oficinas del Estado, empleo que Roberto aceptó con la mayor alegría, porque le proporciona lo necesario para vivir.

Cuando Roberto asomado á la puerta vé jugar á los muchachos en la calle, en vez de ir al estudio ó al obrador, les grita con voz un tanto gruñona:

—¡Al estudio; á trabajar, holgazanes!

Los chicos se rien del viejo portero y murmuran entre sí diciendo:

—¿Qué le importará al viejo regañon que nosotros trabajemos ó no?

¡Inocentes criaturas!.... No saben que al pobre Roberto le ha costado demasiado caro el llegar á comprender que Dios castiga al holgazan y premia al trabajador.

JOSEFA ESTEVEZ DE G. DEL CANTO.

## EL CAZADOR FURTIVO.

(CONCLUSION.)

El primero representaba el Calvario; veíase allí á San José de Arimatea y Nicodemus, recogiendo al pié de la Cruz la Sangre Divina, que fué derramada por la salud del género humano.

En el segundo aparecia el valeroso Thierry de Alsacia, vencedor de los infieles en Palestina.

El tercero recordaba la solemne ceremonia con que le fué donada la preciosa reliquia en presencia de los Príncipes cruzados.

El cuarto su entrada en la ciudad de Brujas el día 3 de Mayo de 1149.

El quinto recordaba la religiosa y laudable accion del cristiano Perez de Maluenda, cuando salvó la reliquia escondiéndola en los muros de su casa.

En el sexto aparecia la ciudad de Brujas representada por una nobilísima doncella, coronada de tor-



recillas de oro, y que iba sentada en un trono, llevando sobre sus rodillas una graciosa imitacion del precioso relicario, á quien saludaban con reverencia cuatro matronas que, segun dijo el mesonero, figuraban las cuatro partes del mundo.

Bernardo, á vista de aquella hermosa jóven se puso muy contento, y echando mano al bolsillo, exclamó:—Gracias á Dios! por fin, ya veo acercarse á María Teresa!

—Todavía no, camarada, todavía no, aun os falta mucho que ver, pero qué buscáis en el bolsillo?

—Aquí está! exclamó el cazador, sacando el papel que buscaba! Es un memorial que vengo á poner en manos de nuestra Emperatriz.

El mesonero estuvo á pique de soltar una carcajada, que hubiera comprometido su reputacion de hombre formal, pero la contuvo al comprender que se las habia con un hombre iluso, tomando el partido de divertirse á su costa. Entretanto habia empezado á desfilar la tercera cabalgada, compuesta de varios jóvenes á caballo, estrañamente vestidos á la usanza de los antiguos condes de Flandes que habian hecho donaciones á la capilla de la Sacratísima Sangre; seguíanles sus pajes, llevando la corona, el cetro, la divisa y estandarte de sus respectivos señores.

En pos de los antiguos venian los modernos señores de la corte de Viena, sus Archiduques, sus Feldmariscales, sus Magiares húngaros y señores bohemios, y cerrando la marcha el príncipe Carlos de Lorena, representado por un jovencillo de cuerpo muy gentil y fisonomía risueña y avispada.

Bernardo al oír que pasaba el Gobernador de los Países Bajos, se puso mas encendido que una grana, bajó la cabeza con aire confuso, y mirándole de reojo, dijo para sus adentros: la fortuna es que no me conoce!... Pero qué jóven se conserva ese señor! nadie diría la edad que tiene!

—Ojo alerta! buen amigo, exclamó el posadero dándole una palmadita en el hombro, ahí viene la Emperatriz...

En efecto, una carroza mas elegante que las anteriores, avanzaba con lentitud; en ella venia la Emperatriz, ataviada con un lujo verdaderamente régio; un manto de púrpura, sujeto á sus hombros por medio de un broche de brillantes, descendia magestuosamente por encima de sus espaldas; su rubia y empolvada cabellera se hallaba ceñida por una corona de brillante pedrería; su mano se apoyaba en un cetro de oro; á su lado venian la Paz y la Justicia, representadas por dos jóvenes matronas, que Bernardo tuvo por camareras de la Emperatriz, y calificó de damas de honor á las diez hermosas doncellas que representaban las provincias católicas de los Países Bajos.

Desempeñaba el papel de María Teresa una joven-cilla muy vivaracha, que á lo mas tendria quince años; no ignoraba el cazador que la Emperatriz pasa-

ba de los treinta, pero no le costó ningun trabajo persuadirse de que los Príncipes contaban entre sus privilegios el de no envejecer, porque ya el de Lorena se lo habia hecho sospechar.

Bernardo, que á fuer de cazador era ligero, de un salto encaramóse al estribo de la carroza, y con mano trémula y mirada suplicante alargó su memorial, bajóse á recogerle la provincia de Jurnais, que se hallaba cerca, y le pasó á las manos de la Emperatriz; ésta se volvió dos ó tres veces á mirar con sorpresa y agrado al pobre lugareño, que fuera de sí gritaba: viva nuestra Emperatriz, viva María Teresa! grito que fué repetido por millares de voces, porque la multitud creyó de buena fé que aquello era una broma preparada de antemano, á fin de provocar las aclamaciones del pueblo, y como el entusiasmo rayaba en locura, y la locura es contagiosa, todos á la vez comenzaron á gritar y reír como locos.

En medio de aquel barullo, el cazador perdió á su ciccone, y así no pudo saber qué significaba un navío empavesado que iba navegando en seco detrás de la carroza imperial, y cerraba la marcha de las famosas cabalgadas; verdad es, que Bernardo casi no le vió, la sonrisa de María Teresa le habia deslumbrado en términos que no sabia lo que le pasaba. Aquella sonrisa encerraba un mundo de promesas, y ya no le cabia duda de que su perdon estaba concedido.

Henchido el corazón de alegría y reconocimiento, sintió esa necesidad que tenemos de acercarnos á Dios así en las grandes alegrías como en las grandes aflicciones; lleno de fervor, se dirigió á la santa capilla de Bourg, adoró la Sacratísima Sangre, y su accion de gracias subió al cielo, al cielo que nunca engaña como el mundo. Vé ahí por qué su esperanza llegó á verse realizada.

Digan los hombres lo que quieran, Dios lo vé y lo sabe todo, las preces del humilde suben hasta su trono escelso, y el Señor las escucha favorablemente; nadie le implora en vano, si lo hace con humildad y confianza. Esta es nuestra opinion, y con ella nos va tan bien, que á buen seguro que no la cambiaríamos por toda la decantada ilustracion del siglo.

Ello es, que á la vuelta encontró al bueno de Geroncio muy contento.—¿Qué te decia yo? exclamó al verle, ya tu indulto ha sido firmado esta mañana por el príncipe Carlos!

Quereis saber, mis queridas lectoras, cómo se habia hecho el milagro? Pues nada mas sencillo. El mesonero tenia una prima sirviendo en casa de la fingida Emperatriz, ésta era hija del Gobernador y Prefecto de Brujas. El primo contó á la prima el chascarrillo con todos sus pelos y señales, la prima se lo contó á su señorita, y María Teresa, que tal era su nombre verdadero, se lo refirió á su padre, á quien habia entregado el memorial, y el buen padre hizo que su



hija firmara una nota en que le recomendaba únicamente á la clemencia del príncipe Carlos. Éste informado por el Prefecto que inmediatamente le habia escrito la ocurrencia, la celebró delante de sus cortesanos, á quienes dijo.—¡No es cosa de hacer un desaire á la firma de María Teresa, y acto continuo firmó la concesion del indulto.

Preciso es decir en defensa del burlador, que si habia espuesto á un chasco á su cliente, lo habia hecho con la esperanza de que surtiera el efecto que no era difícil preveer; podria errar en su cálculo, pero como él decia anteriormente, el que no se arriesga no pasa la mar. Se guardó muy bien de confesar que habia mentido, y aun hizo mas, puso en juego sus relaciones y obtuvo para Bernardo una licencia para cazar en el parque de Marimont, y hasta le dejó entrever que la licencia era debida tambien á la recomendacion de María Teresa.

Esto puso el colmo á la gratitud del pobre lugareño, á quien nadie pudo convencer de que la Emperatriz no habia estado en Brujas. Si lo sabré yo que la he visto! decia con la mas profunda conviccion. Nunca se me olvidará la sonrisa que me dirigió María Teresa! y en efecto nunca la olvidó, pues aquella sonrisa formó época en la sencillísima historia del Cazador furtivo.

MICAELA DE SILVA.

## LABORES.

La gorra de crochet para niño que muestra el grabado es una de esas labores de reconocida utilidad y de poco coste, que de seguro fijará la atencion de todas las madres de familia.

Principiase por el redondo del centro con seis puntos de cadeneta, que se reunen el último al primero para trabajar en círculo.

1.<sup>a</sup> Vuelta.—1 bar., 2 ps. sencillos ó de cadeneta.\* Se repite cinco veces de señal á señal, lo que se considerará advertido para todas las vueltas.

2.<sup>a</sup>—\*2 bar. en los 2 ps. s. de la vuelta anterior, 3 ps. s.\*

3.<sup>a</sup>—\*2 ps. dobles en las dos barras de la vuelta anterior, 3 bar. en el calado de los 3 ps. s.\*

4.<sup>a</sup>—\*1 bar. entre los dos puntos de la vuelta anterior, 3 ps. s., 1 bar. en la del centro de las tres, 3 ps. s.\*

5.<sup>a</sup>—\*1 bar. sobre la primera de la vuelta anterior, 3 ps. s., 3 bar. sobre la barra siguiente, 3 ps. sencillos.\*

6.<sup>a</sup>—\*1 bar. sobre la primera, 3 ps. s., 5 bar. sobre las tres, 3 ps. s.\*

7.<sup>a</sup>—\*1 bar. sobre la primera, 3 ps. s., 7 bar. sobre las cinco, 3 ps. s.\*

8.<sup>a</sup>—\*1 bar. sobre la primera, 3 ps. s., 9 bar. sobre las siete, 3 ps. s.\*

9.<sup>a</sup>—\*1 bar. sobre la primera, 3 ps. s. 11 bar. sobre las nueve, 3 ps. s.\*

10.<sup>a</sup>—1 bar. sobre la primera, \* 3 ps. s., 9 bar. sobre las once, 3 ps. s., 1 bar. en el calado de los tres puntos, 3 ps. s., 1 bar. en el otro calado de tres puntos.\*

11.<sup>a</sup>—\*1 bar. en el calado, 3 ps. s., 7 bar. sobre las nueve, 3 ps. s., 1 bar., 3 ps. s., 1 bar., 3 ps. s.\* Estas barras se van colocando en los calados, y no unas sobre otras.

12.<sup>a</sup>—\*1 bar., 3 ps. s., 5 bar. sobre las siete, 3 ps. s., 1 bar., 3 ps. s., 1 bar., 3 ps. s., 1 bar., 3 ps. sencillos.\*

13.<sup>a</sup>—\*1 bar., 3 ps. s., 3 bar. sobre las cinco, 3 ps. s., 1 bar., 3 ps. s., 1 bar., 3 ps. s., 1 bar., 3 ps. s., 1 bar., 3 ps. s.\*

14.<sup>a</sup>—\*2 bar. sobre la primera bar., 3 ps. s., 2 bar. sobre las tres.\* Se repite hasta el fin de la vuelta.

15.<sup>a</sup>—\*1 bar., 2 ps. s.\* Se repita en toda la vuelta.



16.<sup>a</sup>—\*1 bar., 2 ps. s., 1 bar., 2 ps. s., 4 bar., 2 ps. s., 1 bar., 2 ps. s., 1 bar., 2 ps. s.\* Se repite nueve veces, y hecha la última se vuelve la labor para retroceder por la misma vuelta, y en vez de trabajar en círculo ir formando el ala: lo mismo se hará en las vueltas siguientes.

17.<sup>a</sup>—\*1 bar., 2 ps. s., 10 bar., 2 ps. s., 1 bar., 2 ps. s.\* Se repite siete veces.

18.<sup>a</sup>—\*1 bar., 2 ps. s., 1 bar., 2 ps. s., 4 bar., 2 ps. s., 1 bar., 2 ps. s., 1 bar., 2 ps. s.\* Se repite siete veces.

19.<sup>a</sup>—\*1 bar., 2 ps. s.\* Se repite cuarenta y seis veces.

20.<sup>a</sup>—1 bar. y 2 ps. s. cinco veces, \* 4 bar., 2 ps. s., 1 bar., 2 ps. s., 1 bar., 2 ps. s., 1 bar., 2 ps. s.\* Se repite seis veces.

21.<sup>a</sup>—1 bar., 2 ps. s. cuatro veces.—\*10 bar., 2 ps. s., 1 bar., 2 ps. s., 1 bar., 2 ps. s.\* Se repite seis veces.

22.<sup>a</sup>—Como la 20.<sup>a</sup>

23.<sup>a</sup>—Como la 19.<sup>a</sup>

24.<sup>a</sup>—Como la 18.<sup>a</sup>



25.<sup>a</sup>—Como la 17.<sup>a</sup>

26.<sup>a</sup>—Como la 18.<sup>a</sup>

Las vueltas siguientes corren todo alrededor de la gorra, por lo cual omitiremos el número de veces que se repite.

27.<sup>a</sup>—1 bar., 2 ps. s. Toda la vuelta.

28.<sup>a</sup>—2 bar. sobre la anterior, 3. ps. s.

29.<sup>a</sup>—5 bar. sobre las dos, 5 ps. s.

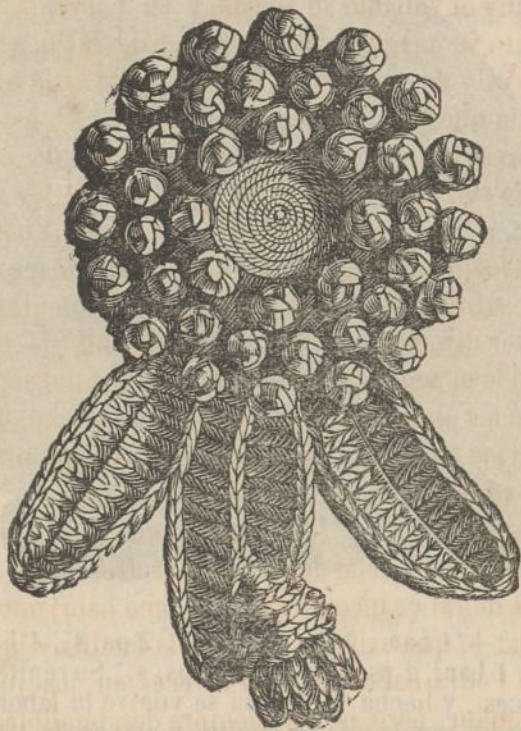
30.<sup>a</sup>—3 bar. sobre las cinco, 4 ps. s., 1 bar., 4 ps. s.

31.<sup>a</sup>—1 p. d., 4 ps. s., 1 bar., 4 ps. s., 1 bar., 4 ps. s.

Esta vuelta termina la puntilla y la gorra.

Para la flor *margarita*, de crochet, que va en segundo lugar, y forma parte de la colección de flores empezadas, se necesitan torzal maíz y estambre color de violeta de tres tonos, en escala.

Principiase por el centro con el torzal haciendo tres puntos que se cierran en círculo, y después se hacen dos puntos dobles en cada uno de estos, y seguidamente otra vuelta de puntos dobles que termina el corazón. Ejecútase otra vuelta de puntos dobles con el estambre mas oscuro, y con el mismo se empiezan los pétalos á *crochet-perlas* del modo siguiente: sin soltar el punto que hay en la aguja, se saca



otro por el punto siguiente de la vuelta anterior, como si fuera á hacerse un punto doble, y en este segundo punto se hacen cuatro puntos sencillos de cadeneta, pasando después la aguja por detrás del primer punto, que sirve de base á todos, y sacando la hebra por todos los puntos que hay en la aguja: ya tenemos una *perla*, y para nuestra flor un *pétalo*. Como este van ocho en la primera vuelta; después se ejecuta una lisa de puntos dobles, pasando el *crochet* por detrás de los pétalos; á esta sigue otra de pétalos con el color que sigue, que deberá tener once pétalos, y se termina la flor por otra vuelta doble, y una de pétalos con quince, hecha con el color mas claro. En las vueltas dobles se hará el aumento de puntos que el círculo necesite, y entre los pétalos puede tambien intercalarse un punto sencillo.

Faltan solo las hojas, que se ejecutan cada una de distinto verde, y con una cadeneta que forma la ve-

na, y subiendo y bajando todo alrededor, empezando por un punto, luego una barra, otra doble, otra triple, etc., etc., para darle el ancho; volviendo á disminuir después al llegar á la base por el otro lado. Para el botón se ejecutan siete pétalos como los de la flor, reuniéndolos juntos por medio de tres vueltas lisas, que van disminuyendo hasta terminar en un punto, del que sale una cadeneta lisa, corta, que forma el tallo, que se cose á la espalda de la flor.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

#### *Explicacion del Figurin, núm. 756.*

FIG. 1.<sup>a</sup> TRAJE DE CALLE.—*Vestido* de glasé gris con bieses de terciopelo negro y blondas blancas.

*Falda* adornada de un biés con blonda blanca al pié, cuyo adorno corre alrededor de la falda subiendo por delante en sobrefalda figurada.

*Cuerpo-frac*, alto del escote y adornado de un biés y blonda estrecha, terminando el bajo del faldon cuadrado con un segundo biés con ancha blonda al aire.

*Manga* lisa, con vuelta cuadrada de blonda, y tiras de terciopelo encima.

*Sombrero* sin bavolet, con el ala lisa de terciopelo de una sola pieza, que llega á la copa, la cual es muy chata y formada por una roseta ó escarapela del mismo terciopelo, fruncida del centro. Una tira estrecha del mismo terciopelo con puntilla al borde reemplaza al bavolet, y una pluma blanca acompañada de flores de terciopelo, adorna el lado izquierdo, correspondiendo á estas flores las del costadillo: bridas de glasé blanco.

FIG. 2.<sup>a</sup> TRAJE DE CAMPO Ó JARDIN.—*Vestido* de seda azul, cuadrillado de tiras de terciopelo negro, y adornado de cinta ancha de terciopelo y cordon con borlas.

*Falda* doble por delante y sencilla por detrás, para lo cual se cortan dobles los paños de adelante, y una tercia mas cortos los de encima que los de abajo, levantados en ambos costados por un cordon con borlas, que baja de la cintura: un ancho terciopelo con un flequillo de seda á la orilla, guarnece el canto de la falda superior, continuando todo alrededor por detrás.

*Sobretudo* Enriqueta de Navarra, de paño aterciopelado azul, guarnecido de cintitas de terciopelo y madroños negros: la forma de este abrigo es recta, y los tres terciopelos que suben por delante estendiéndose por el hombro, terminan sobre la paletilla con una rica borla cada uno. El cuello es alto, y la manga de codo con cintas en todo su largo, y entre ellas madroños en la parte superior: bolsillos adornados de terciopelos y madroños.

*Sombrero* redondo de fieltro negro, adornado de terciopelo azul y pluma blanca, ó en su lugar uno de la misma forma que el que muestra la otra figura, hecho de terciopelo negro con plumas azules.

AURORA PEREZ MIRON.

*Por lo no firmado*

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1864.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.